

RESEÑA

La zanja vacía o la memoria ahogada

Werner Mackenbach*

Presentar a la escritora Tatiana Lobo es como echar agua al mar. Todos y todas la conocemos. ¿La conocemos? Sí, conocemos a la Tatiana Lobo de las tres novelas *Asalto al paraíso*, *Calypso* y *El año del laberinto*, en las que, principal pero no exclusivamente, haciendo uso de los recursos de la novela histórica, o si prefieren la *nueva novela histórica*, rescata el mundo indígena, la Costa Rica afrocaribeña y el papel de las mujeres en la historia del país, del olvido forzado y las tergiversaciones de la Historia oficial. Conocemos a la escritora de los relatos de *Tiempo de claveles*, en los que basándose en las voces populares se adentra también en la otra Costa Rica, la del mundo indígena de los Bribri de Talamanca. Nos es conocida la autora de las crónicas-relatos de la Colo-

nia, de *Entre Dios y el Diablo*, en los que están presentes las voces femeninas, es decir, de esta «otredad» por antonomasia que ha sido silenciada a lo largo de la historia. Estamos familiarizados con la autora de ensayos en defensa del negro, de lo caribeño, de la mujer, de las y los sin voz y poder, como por ejemplo, en *Blancos y negros, todo mezclado*. Y somos lectores atentos de sus comentarios periodísticos que son permanentes tomas de posición polémicas en los conflictos sociales, políticos y culturales del momento.

En suma: Conocemos y apreciamos a una autora comprometida con el lenguaje y la realidad social de su país, en el que entretanto ha ido transformándose esta Costa Rica, adonde vino hace casi cuatro décadas. No por casualidad, su postura y

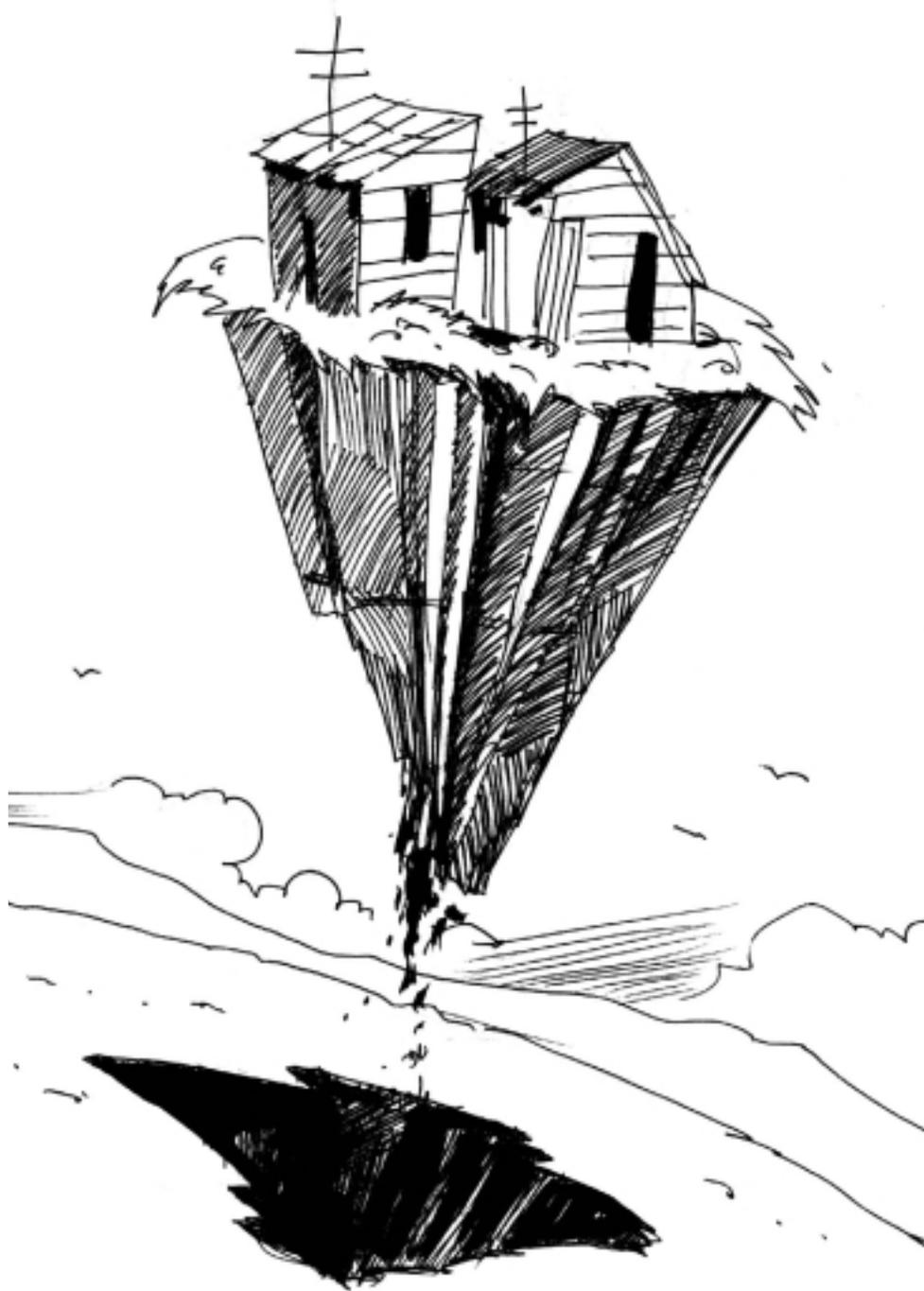
su obra le han ganado gran prestigio y al mismo tiempo envidia y repudio entre sus compatriotas por decisión libre, porque constantemente ha metido el dedo en las llagas de esta sociedad y ha deconstruido algunos de sus más significativos y duraderos mitos fundacionales.

Así conocemos a Tatiana Lobo. ¿La conocemos? Sí y no. Porque con su más reciente novela nos ha sorprendido otra vez: *El corazón del silencio*, publicado a inicios de este año por la Editorial Farben Norma, nos revela el lado intimista, psicológico de esta autora. La novela narra el reencuentro de dos mujeres que crecieron juntas en el seno de una familia descendiente de alemanes en algún lugar en América Latina que, sin ser mencionado directamente ninguna vez, se identifica fá-

*Universidad de Frankfurt y Universidad de Postdam. Alemania.

cilmente como la parte meridional de Chile. Este encuentro al mismo tiempo es un reencuentro con el pasado y el presente político del país, los años más duros de la dictadura de Pinochet y el período de la presunta «normalización», es decir, la fase de transición y búsqueda de un arreglo entre las fuerzas políticas civiles y los militares, hacia la reinstalación de gobiernos formalmente democráticos, sin que la novela se refiera explícitamente a esas circunstancias políticas concretas.

«Entendemos la historia como un asunto político y no privado y esto es lo que quise invertir» –comentó Tatiana Lobo en una entrevista publicada hace unas semanas en *Áncora* y continuó: «porque no hay acontecimiento público que no alcance la privacidad de las personas. Por eso las protagonistas se mueven dentro de la cocina, espacio íntimo, familiar y femenino.» (*Áncora*, 15 de agosto de 2004: 6) La casa materna es el espacio-tiempo central de esta novela donde se concentra la memoria individual, personal de las dos mujeres y donde se cruza con el pasado social y político más reciente. Esta casa materna se convierte en la metáfora espacio-temporal por antonomasia del lugar femenino, como espacio de memoria e identidad, pero al mismo tiempo de contradicción y determinación ajena. Aunque en esta casa no



esté presente físicamente ningún hombre, es al mismo tiempo también la vieja casa patriarcal, donde la fuerza del patriarcado sobrevive en los recuerdos, las costumbres y actitudes de las personas femeninas. Es una casa sin hombres, en la que, sin embargo, el Hombre, el General, está omnipresente.

Así que en esta novela el viaje al interior de la psique de las dos mujeres es al mismo tiempo un viaje al interior de la psique colectiva. «También me interesaba analizar algo que viene estudiándose desde el nazismo» –dijo la autora en la entrevista ya citada– «y es de qué manera se traslada el modelo autoritario de la familia patriarcal al espacio nacional. La paradoja en la que me vi fue cómo hacer pública la historia privada ya que su misma intimidad la esconde.» (*Áncora*, 15 de agosto de 2004: 6) Tatiana Lobo resuelve este problema introduciendo en la geografía literaria de la novela otro espacio-tiempo en el cual se concentra este entretreído, esta maraña entre lo privado y lo público, lo íntimo y lo político. En el capítulo VI de la novela se encuentra el pasaje más paradigmático de esta interrelación. Cárcamo, el viajero al que lo había conocido Yolanda (una de las protagonistas) en el autobús antes de llegar al pueblo, le narra una parte de su historia personal como militante de la oposición antidictatorial:

«Cárcamo carraspeó, sin interludios hizo una síntesis de su compromiso político durante los primeros años de la dictadura y sin entrar en detalles contó que una noche fue detenido y trasladado, junto con otros, a lo que hoy era el tugurio y en ese tiempo un bosque muy denso. Contó que cuando llegaron ya habían cavado una zanja, estaban apura-

dos. Los pusieron en una fila al borde mismo y a las luces del vehículo que alumbraba la escena reconoció a uno de los asesinos, pero desconocía completamente a los demás. Alguién intentó escapar, hubo un segundo de distracción que Cárcamo aprovechó para dejarse caer en la zanja. Sintió una pala apresurada que echaba un poco de tierra encima y cuando el vehículo se alejó, salió como pudo. Eran nueve, en la zanja quedaron ocho.» (172s.)

Esta fosa colectiva se convierte en una metáfora –casi un símbolo– de las condiciones existenciales en que vivieron, en su gran mayoría, los pueblos de América Latina a finales del siglo XX. Sin embargo, a la autora Tatiana Lobo no le interesan tanto las atrocidades y brutalidades cometidas y escondidas bajo la tierra de la tumba en el bosque de antaño. Continúa el diálogo entre Cárcamo y Yolanda:

«En fin, lo que quería decirle es que en esa zanja donde estuve, en ese cementerio, ya no hay nadie. Poco después volvieron, sacaron los muertos y los arrojaron al lago. Por qué se fueron y volvieron, supongo que para cambiar de vehículo. Deben haber pensado que era más fácil transportar los cadáveres.» (173)

En esta zanja vacía se ubica –valga la contradicción– la memoria perdida, ahogada en el lago, adonde fueron echados los cadáveres de la fosa común, para hacer olvidar las atrocidades bestiales de la dictadura y la complicidad de muchos de los vivos (especialmente de representantes de las autoridades civiles y eclesiásticas). Pero es también la base sobre la que se construye la posibilidad de sobrevivir en las condiciones dictatoriales y pos-dictatoriales para la gente común

y corriente. «Si le voy entendiendo, esa tumba está vacía» –le contesta Yolanda a Cárcamo y pregunta: «Pero el profesor me dijo que pronto se iniciarán las excavaciones. ¿Para qué, si no hay nadie enterrado en ese lugar?» (174) Y Cárcamo explica:

«Al propietario de esos terrenos le convenía que el tugurio se estableciera en ese lugar, taló el bosque para vender la madera así que con las viviendas encima la tumba quedaba protegida. Ahora le conviene que no se encuentren huellas del crimen. Le conviene porque él fue el único de aquí, el único con nombre y apellido, que formó parte del pelotón de fusilamiento. Sabe que yo lo reconocí, sabe que su nombre ha sido denunciado. Lo que no sabe es que yo sé que ahí no van a encontrar nada. Ahora le conviene que el traslado de los pobladores se haga con la mayor publicidad posible para acabar con las sospechas de su participación en el crimen. Si no hay víctimas, no hay victimarios. Y también le conviene que salgan los precaristas porque le va a vender ese terreno a una empresa salmonera. [...]

Cárcamo no había terminado sus explicaciones:

–No sólo al propietario del tugurio le convienen las excavaciones. También a la democracia, que quiere probarle al mundo entero su voluntad de justicia, al mismo tiempo que el gobierno demuestra su sentido humanitario trasladando a los pobladores a viviendas decentes.

–Usted propone que este es un acuerdo entre el gobierno y los militares.

–No, nadie ha puesto las cosas sobre la mesa, pero eso es, en el fondo, lo que está ocurriendo. El gobierno le demuestra al mundo entero su preocupación por la justicia, el sospechoso de haber participado en la masacre sale limpio porque la tal tumba no existe. Y los militares se lavan las manos.» (174s.)

No es el pasado, no son los muertos, no es la memoria lo que vale: «Son los vivos los que interesan» (174) –deja constar Cárcamo y ante el desentendimiento de Yolanda sigue:

«–Usted estuvo ahí, vio como vive esa gente. ¿Sabe lo que va a pasar antes de que comiencen las excavaciones? Los trasladarán a un barrio con luz eléctrica, agua potable, escuela y casas confortables. Ahí, frente a esas casitas, estarán los periodistas y las fotos. Habrá una gran publicidad.

–Eso me lo contó el profesor, pero no me dijo que la tumba no existe.

–Él no lo sabe.

–Tampoco los que viven en ese lugar.

–Tampoco. Intentaron hacer tomas de tierras en otras partes, los echaron y se asentaron ahí.» (174)

Esta zanja vacía se vuelve una metáfora válida de los desaparecidos, torturados y asesinados por las dictaduras militares, que al mismo tiempo hacen todos los intentos posibles para borrarlos de la memoria colectiva: son desaparecidos hasta en su muerte. Hablando en términos de teoría literaria estoy convencido de que para futuras generaciones de estudiosos de las literaturas latinoamericanas de finales del

siglo XX/inicios del siglo XXI esta zanja vacía va a convertirse en uno de los *cronotopos* más significativos de la narrativa latinoamericana (pero también de otras expresiones literarias y artísticas) de ese período. Fue el gran maestro ruso Mijail Bajtín quien definió en uno de sus estudios más conocidos (*Problemas literarios y estéticos*, La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986) el cronotopo como «la intervinculación esencial de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura»; entendiéndolo como «una fusión de los indicios espaciales y temporales en un todo consciente y concreto» (169). En él se condensaba, se concentraba y se hacía artísticamente visible el tiempo, mientras que el espacio se intensificaba, se asociaba al movimiento del tiempo, del argumento, de la historia (véase *ibid.*). Como los cronotopos del encuentro/el camino en la novela griega, del castillo en la novela «gótica» inglesa del siglo XVIII y XIX, del salón-recibidor en las novelas de Stendhal y Balzac, de la pequeña ciudad de provincia en las de Flaubert, etc., esta zanja vacía de la novela de Tatiana Lobo será uno de los elementos espacio-temporales más significativos de la narrativa latinoamericana del período que hemos vivido.

«Si no resolvemos las pesadillas del pasado, las vamos a prolongar en el presente y en el futuro» –comentó hace poco el escritor argentino Tomás Eloy Martínez, en una entrevista hablando de su próxima novela, que está por escribir (*Viva*, domingo 5 de septiembre: 8). Tatiana Lobo ya nos ha regalado una obra novelística que nos cuenta exactamente lo que el argentino nos quiere narrar sobre su país en los años 70 y 80: «Desconozco qué pasó en ese tiempo en el país, con la gente; desde afuera nos hacíamos muchas conjeturas sobre qué pasaba en

esos años. Era algo que tenía que contar, vivirlo de alguna manera, aunque sea vicariamente.» (*ibid.*) Tatiana Lobo nos lo cuenta de su país natal Chile (que vale –como hemos visto– también para muchos otros países latinoamericanos).

Entonces: ¿Conocemos a Tatiana Lobo? No y sí. Porque también en ésta, su novela más reciente, encontramos a la escritora comprometida hasta en los asuntos más intimistas e interioristas. Y encontramos a la autora que intenta rescatar la voz y el papel de la mujer, tanto en la historia latinoamericana remota, como en la más reciente. Estoy seguro de que la insistencia en el rescate de esta voz suprimida va a causar otra vez irritaciones y desentendimientos entre sus lectores y principalmente entre los críticos. Ante una realidad en la que los padres están ausentes y los hombres parecen ser incapaces de llorar la muerte, de memorizar –muy similar a la situación de mi país, Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial con su *Unfähigkeit zu trauern*, la «incapacidad de llorar la muerte» (así el título paradigmático de un libro muy conocido del psicólogo Alexander Mitscherlich)– ¿no son las mujeres, las madres (y no solamente las de la Plaza de Mayo) quienes mantienen la memoria, *conditio sine qua non* para vencer los fantasmas del pasado y construir un futuro, condición imprescindible de la que habló Tomás Eloy Martínez?

¿Conocemos a Tatiana Lobo? Sí y no. En la entrevista ya citada, que fue realizada por la escritora salvadoreña Jacinta Escudos, Tatiana Lobo nos informa que después de *El corazón del silencio* todavía no sabe qué va a publicar. Pero sí nos revela que «por el momento llevo una especie de cuaderno, muy libre. Ahora escribo con bolígrafo, y si tuviera pluma de ganso

creo que agradecería el viaje largo que hay entre la pluma, el tintero y el papel.» (*Áncora*, 15 de agosto de 2004: 6) Vamos a esperar ansiosamente en qué nueva sorpresa va a terminar este viaje. Estamos listos para conocer otra faceta más de esta autora.

Epílogo: Permítanme antes de terminar un pequeño epílogo como ser humano que nació en Alemania y que tiene pasaporte alemán. «Podría haber utilizado una familia que no fuera alemana, pero quise que fuera alemana por las similitudes que tiene el nazismo con la dictadura de Pinochet» –apunta Tatiana sobre su libro. (*Áncora*, 11 de abril de 2004: 8) Con esto, se refiere también a un hecho histórico innegable.

Los alemanes en Chile, como en muchos otros países latinoamericanos, en la historia más reciente del subcontinente se han destacado por su obvia predisposición para las dictaduras militares. Todos recordamos el triste papel de la Colonia Dignidad en Chile.

Esto se puede explicar por la historia de Alemania y las causas de las migraciones alemanas mismas –y fue analizado ya hace mucho y detalladamente, por ejemplo, por Theodor W. Adorno en su famoso estudio *El carácter autoritario*. Sin embargo, hay también otra cara: Tatiana Lobo Wiehoff es un ejemplo vivo de esta otra tradición de descendencia alemana –una tradición democrática, crítica, comprometida con la búsqueda de la verdad. Es evidente en qué tradición nos inscribimos.

BIBLIOGRAFÍA

Lobo, Tatiana, 2004: *El corazón del silencio*, San José, Costa Rica: Editorial Farben Norma

